

ENTREGA DEL PREMIO LITERARIO ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS*

PABLO DE SANTIS, *EL ENIGMA DE PARÍS*.
PREMIO ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS 2008

La Academia Argentina de Letras entrega hoy su máxima distinción a Pablo De Santis por su novela *El enigma de París*. El premio señala anualmente la obra que el Cuerpo académico considera la mejor dentro de una de las tres vastas especies literarias que habitualmente se tienen en cuenta: poesía, narrativa y ensayo. Es oportuno indicar que no se trata de un concurso, pues los autores no presentan sus libros. Son los miembros de la Corporación quienes los recomiendan y votan entre los publicados dentro de los tres últimos años. *El enigma de París* apareció en 2007, y, dentro del mismo trienio, *La sexta lámpara*, del mismo autor, marcó otro jalón en su ruta literaria.

Diría que, en conjunto, la obra de Pablo De Santis deja visibles dos cualidades que garantizan su solidez: una es la necesidad; y otra, la coherencia. Sus trabajos, en efecto, han ido creciendo de modo espontáneo, inevitable, desde los primeros libros para adolescentes hasta sus novelas mayores, sustentando un organismo que, congruentemente, ha madurado sin perder la frescura de sus primeras fantasías. He visto dos retratos de Pablo De Santis que me parecen significativos: en ambos se muestra pensativo junto a objetos que acompañan los juegos infantiles. En uno, está en primer plano y, como fondo, cerca de la pared desnuda de un viejo patio, un nostálgico monopatín. En la otra fotografía, fija la vista en un pequeño caballo de juguete. Estimo que las dos imágenes de añoranza revisten un carácter emblemático, pues apuntan a la perenne

* Sesión pública 1281ª del 27 de noviembre de 2008. El acto puede leerse en "Noticias" del presente volumen.

complicidad del escritor con el circuito de los niños, ese rincón propicio a la aventura y a la fuga hacia la fantasía.

De Santis refresca en sus libros el placer de contar y suscita en sus lectores el consiguiente placer de gozar, y la posibilidad de abrir paréntesis imaginarios en la realidad rutinaria. Sus historias son manifestaciones de ese ejercicio superior del hombre que es el juego. No son maravillosas ni fantásticas, en el sentido técnico de los vocablos; menos aún moralizantes; no son historias puramente cinéticas, como las de espadachines, piratas, vaqueros, mafiosos o agentes secretos, tan presentes en libros y productos de la industria cinematográfica. A la acción, mucho menos apremiante en sus novelas, De Santis prefiere la inteligencia, aplicada, con sutil humor, a inventar y resolver enigmas, a indagar en sociedades esotéricas y en ámbitos herméticos. Gracias a esa preferencia, el autor ha logrado ahondar como pocos en una especie que se ha arraigado en el campo narrativo contemporáneo: la literatura policial. Toda novela de este tipo alude, solo alude, a terribles pasiones y conflictos humanos que en seguida pasan a segundo plano. Los padecimientos y los conflictos del muerto y del homicida quedan reducidos a datos para la resolución de un problema.

Cuando en las grandes novelas existenciales estos movimientos del alma estallaban y la acción culminaba en suicidio o en homicidio, la temperatura dramática alcanzaba su apogeo y el lector solía quedar conmovido, disgustado o purificado. En la novela policial, o más precisamente, en una de sus especialidades, la novela de crímenes, tales excesos no cuentan ni deben contar. Cuando la sangre no se ha coagulado aún, llega el detective, solo o con su asistente, y a fuerza de flemma y perspicacia, enfría la temperatura del lugar del hecho y da comienzo a sus inquisiciones, más con el raciocinio que con la famosa lupa, más con el cerebro que con el corazón (aunque la corazónada no se descarta), hasta obrar la proeza de resolver el enigma.

En varias novelas de Pablo De Santis, la urdimbre exploratoria se convierte en el principal motivo de seducción. Ha inventado su detective propio en la figura de Lucas Lenz, y en *Filosofía y Letras* y en *La traducción*, otros libros suyos, la intriga policial impone sus normas. Pero con *El enigma de París*, la especie narrativa ha logrado, a través de la cumbre parisiense, su formulación teórica. El novelista español Eduardo Mendoza ha dicho con acierto que *El enigma de París* "es una

estupenda novela de intrigas pero también es todas las novelas de intri-gas”. Mendoza fue uno de los integrantes del jurado que en abril del año último le otorgó al libro de nuestro compatriota el Primer Premio Ibero-americano Planeta-Casa de América de Narrativa 2007. Su afirmación define muy bien el carácter paradigmático de la original novela.

De Santis ha edificado su obra con admirable aptitud arquitectónica. Las tramas que desarrolla se atan y desatan con precisión; los personajes, detectives excéntricos y asistentes sumisos, pero no menos excéntricos, están detallados nítidamente, con sagaz humor; y por sobre todo, el lenguaje del escritor es un modelo de sutileza en el empleo de imágenes y en la adjetivación, con un manejo de la ironía que me recuerda los mejores momentos de la prosa de Bioy Casares. Sigmundo Salvatrio, narrador y activo personaje, tiene la suerte de ser, sucesivamente, ayudante de dos celebridades detectivescas. En este sentido, *El enigma de París* es una novela de formación, pues Salvatrio, una suerte de Wilhelm Meister del policial, va a consumir su aprendizaje hasta superar su condición de adlátere y convertirse en maestro, es decir, detective. Lo consigue porque ha descubierto que su segundo patrón ha cometido un crimen, y, para colmo de trivialidad, un crimen pasional.

En París y en 1889, durante la Exposición Universal que rememora el centenario de la Revolución Francesa, la asociación de Los Doce Detectives se reúne para sumar su profesión a los otros trabajos del hombre exhibidos en la gran cita. Esa ilustre docena comparece allí con sus adláteres, para deliberar sobre el arte y la ciencia detectivescas, pero no se quedan en la mera teoría, pues, a lo largo del coloquio, la suerte les depara cuatro cadáveres. Para estos sabios del crimen, “una muerte misteriosa es más importante que mil hombres muertos en el campo de batalla”. Menosprecian los homicidios vulgares, los que se originan en las pasiones: el crimen del amante despechado o el marido celoso, el que se comete por ambición, envidia, venganza o locura, o los suicidios encubiertos. Aprecian, en cambio, al criminal puro, al criminal nato, y mejor si es serial. Quieren enigmas difíciles de desatar, casos en que la inteligencia del investigador se mida con la inteligencia del criminal, en lucha cuerpo a cuerpo, y se sienten dichosos siguiendo la pista hermética. Por eso odian el positivismo de la época —el de fines del siglo XIX—, que pretendía explicarlo todo y despojar al mundo de sus secretos. En el escenario de *El enigma de París*, descuellan, significativamente,

el subsuelo de un hotel donde se reúnen los adictos a los arcanos y la flamante Torre Eiffel, recién armada como un gigantesco mecano, un descomunal y airoso juguete sin objetivo pragmático alguno, destinada a convertirse –acaso por eso mismo– en la insignia de la ciudad de los placeres ideales.

Pablo De Santis ha dicho que el buen escritor delimita su zona porque tiene su propio idioma y necesita traducir todo lo que imagina a su personal sistema simbólico. Él es de los autores que poseen un mundo peculiar e intransferible. De ahí, como he señalado, la coherencia de su obra, tan sutil y armoniosamente construida, rica en halagos para el lector ávido de sucesos sorprendentes y misteriosos, protagonizados por zahoríes de perspicacia asombrosa y por sectas esotéricas que juegan a ocultar secretos complicadamente guardados, con promesas de revelaciones trascendentales.

En un artículo sobre Jaime Rest publicado dos años atrás, en la revista *La Biblioteca*, De Santis, a medida que va señalando los puntos básicos del pensamiento crítico del ensayista, manifiesta su adhesión a esos principios y reafirma la autonomía del hecho literario y la preeminencia de los valores poéticos, por sobre la tendencia de buena parte de la crítica argentina a convertirse en sociología de la literatura; y por sobre las intransigencias metodológicas de instrumentos de investigación, como el estructuralismo, que distraen, por no decir que apartan, del fenómeno estético. Este, precisamente, es el factor predominante en los libros de Pablo De Santis. En el artículo citado, además, el autor transcribe unas palabras de Rest que se le aplican: “Lo importante es establecer de qué modo cada autor ha satisfecho plenamente su propósito en el ámbito que escogió”. Puede afirmarse que el novelista de *El enigma de París* ha llegado a un punto en que esa satisfacción se ha cumplido de modo cabal. La Academia Argentina de Letras quiere subrayar, con su premio, ese armonioso encuentro del escritor con su mundo entrañable.

Jorge Cruz